

CUENTO N° 43

TITULO: LOCUTORIO DE ALMAS

SEUDONIMO: ABDEL GACET

AUTOR: GAMAL ABDEL CERDA ETCHEPARE

Locutorio de almas

Abdel Gacet

Llevaba tiempo con esa sensación de vacío, de pesadumbre, de un sentimiento que larvadamente produce desasosiego. No era de ningún modo atribuible a la pandemia, ni al confinamiento a que se veía obligada. No era el teletrabajo, ni la pérdida de contacto. Era algo que impregnaba la médula de su recuerdo, que llevaba como una mácula, que no quitaba ningún alcohol gel, ni amonio, que la junta de vecinos repartió entre los hogares del barrio.

Desde antes del confinamiento, desde antes del estallido social, de forma súbita, mientras caminaba de regreso del trabajo, rompía en llanto, su cuerpo se embargaba en una infinita pena y lágrimas. Algo tan simple como unas gotas de sabor salino, parecían corroer su garganta, su boca, parecía llenarse de aftas dolorosas que no había enjuague bucal que las curara. Todo ese sentimiento la invadía como una vorágine interna, una mezcla de emociones malsanas que nacían del vientre. Las lágrimas, se despeñaban una a una hasta la comisura de su boca. Tal vez, exponiendo a los demás lo que, para ella, era una mezcla de dolor o autocompasión, sin que nunca llegara a precisarlo.

Llegaba a casa, con los surcos de rímel dibujados en sus mejillas, que ajaban su piel, con un tono mortecino, momificado, pétreo. La imagen en el espejo de la mampara de entrada, le reflejaba aquello con toda la nitidez esos rasgos, pero nada de ello le importaba, abría la puerta como autómatas, y solo quería acabar el día dejándose caer sobre la silla.

Podían pasar horas, mirando al infinito hasta que el sueño la vencía. Cuando, a veces, comía algo, eran restos de comida recalentada, muchas veces vencida, todo lo hacía sin ganas, su figura estaba demacrada y famélica. Otras veces, simplemente se iba a acostar con el pecho apretado y sola.

Su vida languidecía, se habían incrementado las arrugas, su cabello había perdido brillo y se encanecía. Pasaban y pasaban los días, en una rutina de timbrar papeles y atender gente, miles de rostros sin identidad, casi desfigurados, le recordaban el cuadro de Munch o los di Chirico. En su juventud, había amado el arte, la pintura, deambulaba las salas y exposiciones. Tenía amigos de tertulia y disfrutaba de su posición de docta. Pero hacía tiempo que no visitaba sala alguna, ni se reunía con ellos. Al no atender llamadas y mensajes, ellos perdieron contacto y se olvidaron de ella, el confinamiento vino a salvaguardar la necesidad de dar explicaciones, pero también, de generar contactos. Todo había pasado a un segundo plano, sus días estaban invadidos por preguntas recurrentes respecto de la muerte de su madre, si pudo hacer algo más, si no fue hiriente, si no fue paciente, si no atendió como debió, todas sus quejas. En su momento, pensó que era otra de sus “enfermedades”, de sus histerias, de sus conductas autoléticas. Y venían a su mente, de inmediato, sus palabras llenas de rabia y de odio, que agujoneaban su mente. Ella que, durante cada hora del día, la cuidaba de todo, que atendía cada ruego, tenía que aguantar frases duras y desaires. En cambio, sus hermanos que no hacían nada y la confrontaban, los trataba de buena forma.

De vez en cuando, el televisor encendido dejaba escuchar el informe del ministro, de la secretaria de salud, sobre el avance de la pandemia. Pasaban a fase cuatro y tenía que retomar su trabajo en la oficina de partes. Volvía a timbres, papeles, archivar, escuchar quejas a lo lejos y asentir mecánicamente, como si diera esperanza a las demandas de los contribuyentes. Y en la muchedumbre del metro, entre las mascarillas, las miradas de los otros le parecían aún más invasivas. En eso estaba obsesivamente su mente, volviendo a casa como otro día cualquiera, como otro día de mierda. Se detuvo y se sentó en la muralla de piedra caliza, que hacía la curva en aquella cuesta del cerro donde estaba su casa. Era el único lugar sin casas ni

construcciones, que evitaba caer a una hondonada. Allí solía hacer una pausa en la escalada, allí se sentaba, miraba la ciudad, las personas, el tráfico, la bruma, mientras recuperaba el aliento. Ahora, todo era tan distante, tan lejano, como si habitara otro mundo. No se sentía ya parte de eso y, al retomar la marcha, volvían a repiquetear las últimas palabras de su madre, que, con rostro desencajado, le espetaba su falta de cuidado, su culpa por haber nacido.

Un día, en su móvil recibe un mensaje que decía “Llámame”.

Era extraño, pues hace tiempo que no recibía mensajes de nadie, ni de amigos ni colegas del trabajo. Buscó el teléfono de contacto y no había número, ni siquiera aparecía número privado. Algún error de la compañía pensó y siguió su faena. Al día siguiente, que era día festivo, se despertó después de una mala noche, sentía un sudor frío. No quería ni siquiera levantarse, no había motivo alguno para aquello, su mirada estaba fija en el techo, o en los nudos de las tablas, imaginando rostros fantasmas o lúgubres paisajes. Estaba en ello, cuando sintió el sonido que le anunciaba la llegada de un mensaje texto.

El mensaje era corto y decía, “baja a la muralla y entra”. No había remitente, ni hora, ni nada que identificara procedencia.

Dejó el teléfono sobre el velador y trató de conciliar de nuevo el sueño. No podía, todo daba vueltas, y la culpa seguía pegada a ella, como una marca de nacimiento producto de un genotipo dominante, que la ahogaba o inundaba de una desdicha maquiavélica. Curiosa contradicción que fuese Maquiavelo quién insistiera en que “los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de *sus padres* que la pérdida de su patrimonio”, cuando ella, por la pérdida de su madre, estaba desgarrando su principal pertenencia y legado: su propia vida.

En su realidad, las cortinas corridas le impedían ver a menudo, la luz del día, la triada de anhedonia que leyó alguna vez en internet en el estado inicial de la tristeza que le vino con el

duelo. Trató de ver la hora en su móvil, y en vez de ello, el mensaje cubría por entero la pantalla. Intentó abrir el menú, y nada cambiaba, no había otra cosa que el mensaje. Intentó bloquear, apagar el aparato y nada. Llegó a quitar la batería del celular, y la pantalla siguió iluminada por ese mensaje “baja a la muralla y entra”.

Se decía, a sí misma, comeré algo, es por eso, es parte de las alucinaciones por falta de nutrientes, lo había leído en internet, debe ser eso, pues no creo que me esté volviendo loca. A duras penas preparó un pan con mantequilla, pues era lo único que tenía en el refrigerador. Su smartphone ahora tenía sonido de llamada entrante, pero ¿cómo es posible, si está sin batería?, se preguntaba. Ahora, en pantalla, se veía el ícono de un mensaje era de voz, lo tocó, y se escuchó, “baja a la muralla y entra” y siguió así, una y otra vez, sin pausa. Se vistió deprisa, sin siquiera tomar una ducha, y se enfiló por la pendiente desde la casa a la muralla. Era presa de un desasosiego, de una especie de febril presentimiento. Cuando ya llevaba algo de la bajada, divisó la curva y el inicio de la muralla. De pronto mientras se acercaba, se fue levantando, detrás de ella, una especie de caseta, muy sencilla. Que decía en su fachada “locutorio de almas”.

Se preguntó desde cuando estaba aquello ahí, nunca se percató de ello. Se abrió una especie de pasadizo por la muralla, que permitía entrar a la cabina. Cruzó el dintel de la puerta, y en su interior, el espacio parecía mucho más amplia que la visión de la garita pequeña desde fuera. Había personas entrando y saliendo de las cabinas, rostros como ella, dolientes o apesadumbrados y, también, otros más serenos. En el frente de la sala, había una pantalla gigante, vio escrita en ella con grandes letras, su nombre, y una flecha que indicaba atención en cabina 5.

Quedó paralizada, ¿cómo saben mi nombre?, se alejó de ella, y permaneció sentada un tiempo. Ahora, escuchó una voz en off, que decía su nombre y repetía cabina 5. Se levantó como pudo, sus piernas flaqueaban, sus pasos nerviosos le llevaron a la puerta, giró la manilla y entró temerosa. Cerró con cuidado la puerta, se sentía observada y, se juró, que no se prestaría a bromas.

La cabina era estrecha, con sólo un taburete rústico de madera. En la esquina había uno de esos teléfonos antiguos de manivela. Era una caja rectangular de cedro, con un tono caoba, muy sobrio, como si se hubiese detenido el tiempo en ella. Una rodela de marcar con sólo un hueco y el número 0. Escuchó una voz interna, que le insistía marca y descuelga... Descolgó el auricular pequeño, de color negro, que estaba al extremo del cable.

Lo llevó a su oreja, y con dedos nerviosos discó el cero. Del otro lado, le contestó una voz que la dejó helada, completamente perpleja, paralogizada, se escuchó un hola, que retumbó en su cerebro en lo más recóndito de su alma. Allí quedó el auricular oscilando, mientras ella salía corriendo de la sala.

Cruzó en forma desesperada la puerta en la muralla, mientras corría y ascendía la cuesta camino a casa, miró furtivamente hacia atrás. Se percató que no había más que el paisaje de siempre, la sólida muralla de un metro y medio, que separaba el camino de la hondonada, y se veía la ciudad y la gente. Llegó a su casa, jadeando por el esfuerzo, se tendió en la cama, como pensando que fue un sueño. Y en eso estaba, cuando de nuevo, se escuchó el sonido de una llamada entrante. No quería contestar, pero ahora la pantalla de su móvil proyectaba en la pared un mensaje que decía, “ven y conversaremos”.

Caminó dentro de la casa, por largas horas, de un lado a otro sin patrón definido. Hasta que, armada de valor, se decidió a bajar de nuevo la cuesta. Y al llegar a la curva, otra vez, emergió

aquella simple caseta, seguía allí su lema “locutorio de almas”. Al entrar, pudo ver en la pantalla que decía su nombre y la palabra “Gracias por venir”, por favor, caseta 5.

Repitió el rito, discó el cero, y escuchó del otro lado, la voz que le saludaba con voz suave, “Hola”, y agregaba de inmediato, ¡Que bien que hayas vuelto! Era la voz inconfundible de su madre. Pero, esta vez, extrañamente para ella, sonaba tierna, infinitamente dulce y acogedora. Apenas un hilo de su voz, un gemido, casi musitando, susurró un hola de vuelta. ¿Cómo estás?, ¿qué haces?, y una serie de preguntas que luego le parecieron tontas. Acordaron que conversarían a diario, a una hora determinada. Y lo hizo sin falta.

Restañaron heridas, liberó su culpa, por fin se sintió hija y sobre todo amada. Y fue retomando su sonrisa, retomó las visitas a sus amigos y a las salas. Hasta que un día su madre, le dijo al otro lado de la línea, es tiempo de una pausa, que se completará cuando tú vengas. Y ese día último, se despidió como hubiese querido, de su madre, de su compañera, de su nueva amiga. Lo hacía con una paz profunda. Sin miedo a enfrentar lo que le quedaba de su propia vida.

Al salir, por vez última, pudo ver la mirada temerosa de una chica por encima de la mascarilla que entraba al locutorio. Se acercó, la tomó tiernamente de la mano, y le dijo, no tengas miedo, no estás loca ni nada que se parezca. Ya verás, te hará muy bien. Le dio un fuerte abrazo, como si estrechara a su madre, y se fue de allí camino a casa, mirando de nuevo la ciudad y su gente.